

el Museo Británico; el denominado Trono de Venus o de Ludovisi, de comienzos del siglo V (antes de Jesucristo), descubierto el año 1887 en la mencionada villa romana, y hoy guardado en el Museo de las Termas, de la Ciudad Eterna. Se exponen además del arte helénico: obras de Mirón, de Alcámenes, de Paeonios, de Crésilas, Policeto, Scopas, Praxiteles, Leocáres y Lisipo; pudiéndose contemplar asimismo dos excelentes altorrelieves del Altar de Pérgamo, y otros ejemplos relevantes del arte helenístico, del arte alejandrino y del arte greco-romano del siglo I, antes de Jesucristo. Son piezas también importantísimas en el Museo, dentro de la corriente griega: la Venus de Frejus, cuyo original, de mármol de Paros, se conserva en el Museo Nacional del Louvre, habiéndose hallado en 1928, en España, y en la ciudad de Córdoba, un torso representando a esta hermosa escultura, acaso réplica romana del siglo II de Jesucristo: la figura, esbelta y graciosa, de un Efebo desnudo, conocido por el nombre de "El Idolino", de Pesaro, descubierta en 1530, en bronce el original, que luce en el Museo Arqueológico de Florencia; el espléndido torso varonil procedente de las excavaciones de Subiaco que se guarda en el Museo Nacional de Roma (Termas de Diocleciano); la Venus de Milo y la representación de "El sueño", escultura praxiteliana de nuestro Museo del Prado.

Dentro de este ciclo de la antigüedad clásica, insertos en la sala arcaica griega, se muestran los ejemplares reproducidos del arte anterromano, más conocido por la denominación de Arte Ibérico y hoy por la de Arte Hispánico, en donde figuran: el busto de la Dama de Elche, en la actualidad recuperado para España el original, y que se guarda en el Museo del Prado, así como las esculturas del Cerro de los Santos, halladas cerca de Montecalegre, en la provincia de Albacete, a un kilómetro de la línea divisoria de ésta con la de Murcia.

Son muestras apreciables del arte romano en lo escultórico e integrantes de las colecciones del Museo: el Orador Aulo Metelo, cuyo original, en bronce, se conserva en el Museo Topográfico Etrusco de Florencia; la estatua colosal y magnífica del Augusto del Vaticano; la delicada del joven bitinio Antinoo del Museo Capitolino, de Roma; y la del emperador Septimio Severo, encontrada bajo el pontificado de Urbano VIII (1623-1644), existente en los Museos Reales del Cincuentenario, de Bruselas. Se recrea la vista y se esparce el ánimo del que recorre la sala hispano-romana del Museo de Reproducciones al contemplar los vaciados que plasman la rica estatuaria decorativa de la escena del teatro romano de Mérida; y la soberbia cabeza de bronce, reproducida en yeso patinado, de tipo greco-romano, que se reveló a los arqueólogos e historiadores del arte en las excavaciones realizadas en la acrópolis hispánica del Cabezo de Alcalá, próxima a Azaila (Teruel), junto con otra cabeza de mujer, allí también aparecida, y ambas guardadas en los actuales momentos en el Museo Arqueológico Nacional.

Exponiéndose en esta sistemática ordenación de reproducciones de la planta baja, en un saloncito a propósito: trabajos de orfebrería, de cerámica y de glíptica, como objetos decorativos y suntuarios de la antigüedad.

Descuellan del arte medieval de nuestra patria, ya en la planta principal, como todas las series subsiguientes: algunos capiteles y seis relieves del claustro bajo de Santo Domingo de Silos (Burgos); la puerta románica de piedra caliza, el original, denominada "Speciosa", que figura en el exterior del lado sur del santuario benedictino de Nuestra Señora de Esbaliz (Vitoria-Alava) y que estéticamente se la ve comprendida en el momento de transición del siglo XII al XIII; los marfiles del arca de San Millán de la Cogolla (1076); el sepulcro de doña Sancha, obra importante que debió ejecutarse entre 1096 y 1110, y que, procedente de Santa Cruz de la Serós, se halla ahora en el convento de las madres benedictinas de Jaca; algunas muestras de lo románico abulense; y la soberbia escultura funeraria del caballero don Martín Vázquez de Arce, más conocido por "El Doncel", muerto muy joven en las guerras de Granada, y que figura en la catedral de Sigüenza.

Como consecuencia de las tareas llevadas a término por un taller de vaciados que en 1920 se creó para el servicio del Museo, se han acrecentado las colecciones del mismo, merced a cambios establecidos con los Museos Reales del Cincuentenario, de Bruselas; con el de Escultura Comparada del Trocadero, de París, y con el South Kensington, de Londres, que han dado por resultado la adquisición de los notables ejemplares, entre otros, que a continuación se enumeran: la pila bautismal, trabajada de 1107 a 1118, de la iglesia de San Bartolomé, de Lieja; un retablo gótico del siglo XIV, que Paúl Vitry dilata a fecha incluida en la cen-

turia décimoquinta, perteneciente a San Salvador de Haekendover (Brabante), y un San Miguel, de piedra el original, labrado en el siglo XV y conservado en la iglesia de Santa Waltruda, de Mons.

Son dignas de fijar la atención en ellas las reproducciones de arte renaciente, en primer lugar las del arte italiano, en lo referente a la plástica florentina, de entre las que se pueden ver más señaladamente, de Miguel Ángel: el Moisés, uno de los Esclavos, la Virgen con el Niño Jesús, existente en Brujas; una diapositiva del techo de la capilla Sixtina y varias fotografías del Juicio Final, de las Sibilas y Profetas de la expresada dependencia del Vaticano; de Chiberti, los batientes de la puerta oriental de Baptisterio de Florencia, dotados de los soberbios relieves de carácter pictórico que marcan un jalón esplendente en la historia de las bellas artes; la "Dama de las flores", del Verrocchio, cuyo original se conserva en el Museo Nacional de Florencia; el busto de un guerrero, cincelado por Antonio Pollajuolo; el magnífico Crucifijo del trascoro de la iglesia del Monasterio de El Escorial, obra de Cellini, que se admira en dicho templo en medio de dos pinturas de Navarrete, *el Mudo*; y otros vaciados de Donatello, de Lucca della Robbia, de Sansovino, etc., etc. Son ejemplares los más preeminentes del arte renacentista francés que se guardan en el Museo: la Muerte, escultura procedente de la tumba de René Châlons, obra de Ligier Richier (hacia 1500-1567), conservada hoy en la iglesia de San Pedro de Bar-le-Duc; las Ninfas, personificando los ríos de Francia, que figuran en unos relieves esculpidos por Juan Goujon, y se ostentaron los originales en la Fuente de los Inocentes de París, construida de 1547 a 1549; y el maravilloso busto de Juan de Morvilliers, obispo de Orleans, cuyo original de bronce fué hecho por Germán Pilon (hacia 1535-1590).

Merecen ser destacados del arte del Renacimiento belga los modelos que siguen: la chimenea monumental del siglo XVI, actualmente en el despacho del burgomaestre del Ayuntamiento de Amberes, labrada por el artífice Pedro Coecke (1507-1550), y que lució con anterioridad en el antiguo Priorato de Tongerlo; un relieve representando a doña María de Austria, reina de Hungría, en el acto de visitar un edificio en construcción. Fué ejecutado por Jacobo Du Broeucq *el Viejo*, y se encuentra dicho relieve en una tribuna de la Colegiata de Santa Waltruda, de Mons; y un hermosísimo medallón en relieve, representativo del Juicio Final, que se halla en la referida Iglesia-Catedral de Santa Waltruda, en Mons.

Del Renacimiento español debemos señalar: San Juan Bautista, tablero tallado por Diego Siloe (Burgos, 1520) para la sillería de coro de San Benito el Real, de Valladolid, en unión de otros temas decorativos del mismo monumento artístico; el sepulcro del cardenal Tavera, obra de Alonso Berruguete (hecha de 1554 a 1561), que se levanta en el Hospital de San Juan Bautista, de Toledo; la chimenea del salón principal del palacio de los condes de Miranda, en Peñaranda de Duero (Burgos); el sepulcro del inquisidor don Antonio del Corro, obra del escultor Bautista Vázquez, existente en una capilla de la iglesia parroquial de San Vicente de la Barquera (Santander); y algunas interesantes reproducciones de nuestra imaginaria religiosa, aumentadas últimamente por la cooperación que nos viene prestando a estos efectos la Comisaría General del Servicio de Defensa y Conservación del Patrimonio Artístico Nacional, de entre las cuales ponemos en primer término: el San Pedro de Alcántara, de Pedro de Mena (1628-1688), propiedad de los señores marqueses de Villadarias, de Madrid, y que fué copiado por el notable escultor contemporáneo Juan Cristóbal y policromado por el ya fallecido artista Joaquín González Ibaseta; y la estatuita de San Francisco de Asís, de San Martín, de Segovia, identificada como de Pedro de Mena en un reciente estudio del marqués de Lozoya.

Y esto es, a grandes rasgos, con la indicación de que desde 1939 viene funcionando un Patronato orientador de las actividades del Museo, integrado por distinguidas personalidades en la profesión y en la crítica artísticas, cuanto se puede relatar en una brevísima información, como son las anteriores líneas del presente artículo. Si lo he conseguido, me doy por muy satisfecho; en bien de la curiosidad del lector, en primer término, y en segundo lugar, por haber divulgado en un campo más extenso de la espiritualidad española este fértil dinamismo del Establecimiento oficial donde me encuentro trabajando, que es el amor más enraizado en la conciencia viva de mis amores y el lugar más acogedor y propicio para toda sensibilidad despierta, porque a la placentera visión de la hermosa humana, fugaz y caediza, de otros tiempos, ha venido a sustituir hoy, en este mismo espacio que ocupa el Museo, la serena contemplación de la belleza artística, deslumbradora y eterna.